

# Hacia una “Sociología peligrosa”: Metodología crítica para una sociedad en movimiento\*

César A. Cisneros Puebla

UNA SOCIOLOGÍA DE NOSOTROS MISMOS es ahora, más que nunca, necesaria. Aprendimos a hacer sociología del conocimiento, y también de la tecnología, de los movimientos sociales y de la vida cotidiana de otros. Pero está aún pendiente una sociología de nuestras propias prácticas como sociólogos, de carne y hueso. No nos hemos mirado en tanto “sujetos transformados”. A eso apunta este texto, poniendo particular énfasis en lo que deseo nombrar, y abogar por ellas, como “prácticas peligrosas” de esos “sujetos transformados” que somos como sociólogos dentro de la globalización de la academia y de cara a la brecha digital entre países. Prácticas peligrosas de los sociólogos en tanto tema de interés científico para una sociedad que ha definido nuestras vidas por sistemas de evaluación y participación institucional dominados por un “interés instrumental” de becas, estímulos económicos y estrategias de permanencia y adscripción institucional que han transformado no sólo la ciencia social mexicana sino incluso, la latinoamericana. Las dimensiones críticas de la sociología mexicana en acción se analizan aquí: no se trata de una sociología del riesgo, sino de comparar la forma en que nuestras prácticas se han ido alejando, paulatinamente, del “peligro” en tanto objeto de debate y conflicto social.

\* Versión corregida del texto presentado durante el Primer Encuentro de Sociología en la UAM: “La sociología en el siglo XXI. Dilemas, retos, perspectivas”, llevado a cabo del 16 al 18 de octubre de 2007 en la Unidad de Congresos del Centro Médico Nacional Siglo XXI, ciudad de México.

## I: LA ACADEMIA DE “CARNE Y HUESO”

¿Qué hemos hecho de nosotros mismos, como sociólogos de carne y hueso? Quisiera esbozar una respuesta a partir de, primero, identificar que una de las hipertrofiadas dimensiones de nuestra existencia es la academia. Pues ella, al menos desde que fui apareciendo como estudiante serio y dedicado a las ciencias sociales apenas superada la adolescencia en la segunda mitad de los setenta, se presentaba como una y atractiva deliciosa alternativa a formas de vida conocidas: ¡claro! “ser profesor de la universidad y seguir estudiando” siempre fue una vocación. Puedo recordar que, al menos en lo personal, me incorporé a la docencia en alguna de nuestras universidades públicas pues el afán de seguir “pensando” y “actuando” como “científico social comprometido” fue una tónica de nuestros tiempos. La academia, claustro, “ciencia social en la universidad” fue creciendo, sin embargo, como una disciplina por aprender y ser divulgada. No sé si a otros les haya afectado como a mí, pero recuerdo muy claramente algunas imágenes devastadoras de los tempranos años ochenta en el que mi reclamo matutino a otros no tan jóvenes como yo, al momento de compartir el desayuno era: “¡Por favor! Tomemos tranquilamente nuestro pan hoy” pues la discusión se tornaba, paulatina y diariamente irresoluble pues yo, mexicano recién egresado de una universidad pública cualquiera, no había tomado como ellos, jóvenes salvadoreños, el camino de las armas. “Vos no conocéis la verdadera crítica” me decían, cuando yo trataba de tomar sorbo a sorbo mi café. “Vos sós de esos que hablan de cambio y revolución desde las aulas pero no han estado nunca en las barricadas”, me decía otro cuando

trataba de remojar mi bolillo en el café para continuar el desayuno. Hasta que exploté, creo recordar, y dije algo seguramente como: “¡Vale! Está bien nunca he disparado un tiro contra el ejército”. Tiempos difíciles fueron, seguramente para muchos de nosotros los años ochenta cuando, recién terminados nuestros estudios de licenciatura pretendíamos no solo entender las dinámicas de los cambios sociales sino, además, intervenir en ellas.

De esas imágenes que he llamado “devastadoras” no me arrepiento pues, sinceramente, en ese tiempo la admiración por la guerrilla seguía siendo fuerte y emocionante, “crecimos con la imagen del Ché”, cualquiera de ustedes me podría decir ahora. Aunque, he de confesar también aquí, nunca recibí entrenamiento militar. Todavía hoy puedo decir con voz que no duda ni tiembla, “no aprendí a preparar cocteles molotov” ni “he tirado alguno contra los cuerpos policíacos o militares de mi país”. Soy universitario de mi generación, sin duda. Y mitigo mi dolor afirmando que las municiones las llevo a las aulas y los auditorios y que mi arma más peligrosa sigue siendo mi mente independiente de reconocimientos, becas y demás canonjías.

¿Qué hemos hecho de nosotros mismos, como sociólogos de carne y hueso? Pregunto de nuevo. Una dimensión hipertrofiada es, insisto, la academia. Una academia que ha tenido sus particularidades, vale la pena decir también. Haré caso omiso de nuestra larga y variada historia nacional de pensamiento sociológico para afirmar que nuestra hipertrofiada academia está herida de muerte, si no es que prácticamente moribunda. Me explico: un joven antropólogo austriaco decía hace tiempo<sup>1</sup>: “Hay una larga tradición en los países latinoamericanos, de importar ideas y conceptos de otros lados y aplicarlos indiscriminadamente a la realidad social de América Latina; es decir, los investigadores sociales «copian» o mejor dicho se «fusilan» teorías, conceptos y métodos ajenos, sin importar que éstos puedan ser aplicables o no a su objeto de estudio. José Gaos denominaba esta situación epistemológica el «*imperialismo de las categorías*», es decir que unas categorías oriundas y originadas en cultura europea pasaran sin más a tipificar el proceso histórico, económico, social y filosófico latinoamericano, sin recibir las modificaciones y adaptaciones que el caso requiere.”

Este joven antropólogo austriaco invitaba<sup>2</sup>, durante la década pasada, iba a decir a fines del siglo pasado, “a los economistas mexicanos al barrio de Tepito en la Ciudad de México para que se diesen cuenta que el comerciante tepiteño (igual a otros de sus colegas del continente) no encaja en el concepto de la razón calculadora (*Zweckrationalität*)

del comerciante (Kaufmann) de Max Weber. La economía tepiteña (similar a muchas otras formas de la economía latinoamericana) está basada en una red social de «cuates» y una razón «emotiva». En vez de invertir las utilidades, este comerciante las goza y disfruta ya sea en forma de fiestas, mujeres, automóviles último modelo o joyas ostentosas. Está claro que los economistas, que entienden obras de su especialidad sólo si están escritas en inglés, nunca van a comprender estos rasgos particulares de la economía latinoamericana”. Este joven antropólogo austriaco (a la mejor bisnieto de Maximiliano como le gustaba bromear) vino a América Latina para aprender y conocer otras formas y conceptos de vida, otras mentalidades y costumbres. Y efectivamente los encontró en los barrios, las vecindades, las aldeas y en las grandes ciudades. “Lamentablemente, esta gran variedad y riqueza (decía el joven Maerk, que es el apellido de este austriaco, a lo mejor bisnieto de Maximiliano, como le gustaba decir durante su tiempo en México), se reflejan muy poco en la reflexión intelectual de los investigadores del continente sobre su realidad social latinoamericana.”

Y lo decía claramente: “Se cae en el error de ‘universalizar’ conocimientos locales de supuestamente «grandes autores»: Max Weber analiza y describe al burócrata del viejo continente, Joseph Schumpeter describe y analiza al capitalista innovador europeo (sobre todo al inglés), Jürgen Habermas estudia la sociedad actual desarrollada (sobre todo alemana) y Pierre Bourdieu la de Francia de los siglos XIX y XX. En vez de reconocer el carácter singular de cada una de estas teorías, en América Latina existe la tendencia a creer que en cada capitalista latinoamericano hay un capitalista al estilo de Schumpeter o Weber; o que la relación entre lo público y lo privado en México o Brasil es similar a la situación alemana descrita por Habermas. Estos son solamente algunos ejemplos de una tendencia generalizada (por lo menos en las Ciencias Sociales y Humanidades) de traducir conceptos y teorías ajenos al español latinoamericano”. ¿Y qué decir de nuestra Psicología Social, les comento ahora! Ninguna crítica a sus “verdades” consagradas, desde los conceptos emergidos de ámbitos experimentales, es decir, artificiales como los experimentos de Ash sobre la influencia social, hasta las metáforas marítimas del “anclaje” como proceso cognitivo social. ¿Y qué decir de nuestra Sociología, podría insistir con el afán de provocarlos! Ninguna crítica a la “pretensión de verdad” de las afirmaciones sobre la anomia, ciudadanía, burocracia, “normalidad democrática”, estructuración y movimientos

sociales, solo por mencionar algunos conceptos vinculados a nuestras formas institucionalizadas de pensar “sociológicamente” nuestras realidades cotidianas.

Recientemente se ha demostrado<sup>3</sup> que la forma mexicana de “hacer sociología” se concentra en referir a los conceptos de autores extranjeros para nada involucrados en el análisis de la realidad mexicana y que al “hacer teoría” lo que se hace es simplemente reproducir sus argumentos, sin relación alguna con “los datos”, supuestamente creados o recolectados. Lo que es más alarmante aún es que hacemos “sentido de los datos”, no por los datos mismos sino solo por las pretendidas aplicaciones de esos conceptos y argumentos que emergieron de los “datos” de esos citados investigadores en otras latitudes y coordenadas. En pocas palabras, nuestros datos y teorías son “refritos” de las contribuciones de otros. Más precisamente, lo que construimos como dato, lo es no por su relevancia en el fenómeno y/o proceso estudiado, sino porque es “refrito” desde perspectivas teóricas de ninguna forma vinculadas ni al dato mismo ni mucho menos al fenómeno y/o proceso estudiado. Si pudiera yo usar una comparación límite diría que al “rock en español” le costó unas cuantas décadas desentenderse de hacer solo “covers” y “malas traducciones” de los éxitos de los genios y destacados músicos de rock de otros países para lograr esa identidad que hoy hace, precisamente, al “rock en español”. No veo todavía, quizás por ser pesimista, señales de que los sociólogos mexicanos dejen de hacer “covers” y “malas traducciones” de los éxitos de los genios y destacados sociólogos de otros países para lograr una identidad que pudiese llamarse, precisamente, “sociología en español mexicano”. Justo es decir, sin embargo, que la “sociología en español colombiano” tiene quizás a Orlando Fals Borda como un destacado hacedor e intérprete de su disciplina, a la par que la “sociología en español mexicano” pueda tener a Pablo González Casanova como su símil. Cuestiones de perspectiva pueden estar involucradas al pensar en la originalidad de esas y muchas otras contribuciones, pero no las abordaré ahora pues no es mi tema principal.

Pero es con relación a la academia, es decir a la sociología cultivada en esa arena, en lo que estoy pensando. ¿Podríamos decir que sólo en las universidades públicas? ¡Quizás! Aunque las privadas ya despuntan también. La hipertrofiada dimensión académica de nuestro quehacer ha adquirido propiedades monstruosas cuando la visualizamos desde la perspectiva de las políticas nacionales de conocimiento que tienen en la evaluación por puntos y supuestamente “por pares” su mejor expresión. En efecto,

los sistemas de becas y en particular el SNI pone al descubierto hasta qué niveles de ignominia puede llegar una academia establecida para el beneficio y la búsqueda de “dinero fácil” del reducido presupuesto federal asignado a la ciencia y la investigación.

## II: LA PROFESIÓN: A LA CALLE DESDE EL AULA

¿Qué hemos hecho de nosotros mismos, como sociólogos de carne y hueso? Quisiera esbozar ahora una respuesta a partir de identificar que una segunda dimensión hipertrofiada de nuestra existencia es la profesión. Igualmente, desde mi tiempo como recién egresado de una licenciatura, a la amenaza permanente del desempleo se le añadía la urgencia por definir estrategias que coincidirían nuestro afán crítico y rebelde con algún espacio laboral emergente que, no solo nos permitiera ejercer nuestro poder de convocatoria para el cambio social sino que también nos permitiera cierto ingreso monetario para alimentarnos. ¿Cómo hemos construido la profesión? Desde los espíritus libertarios de los setenta muchos de nosotros construimos las fantasías individuales que nos han permitido sobrevivir un tanto marginales a las fracasadas epopeyas colectivas que se anunciaron gloriosas desde tiempos nacionales recientes. Y la Universidad puede seguir siendo un recinto para generar y lanzar petardos simbólicos.

Pero...pregunto de nuevo: ¿qué hay de la ciencia social, llamémosle sociología, fuera de nuestras universidades públicas? Quiero decir ¿en la industria, en las fábricas, entre las amas de casa, en los movimientos de protesta, por las calles y avenidas, en las trincheras y en los supermercados, entre los adolescentes y los minusválidos? Aunque magros, los presupuestos para investigación en las universidades definen, sea optimista o pesimistamente, los horizontes de nuestro cambio institucional. Pero no estoy hablando de eso. Quiero interrogarme brevemente acerca de los sociólogos que hacen profesión fuera de las universidades: y la hacen en instituciones, asociaciones públicas y/o privadas de diversa índole. ¿No son ciertamente cientos, si no es que miles de egresados que se han acumulado a lo largo de los años de “hacer sociología en nuestros recintos universitarios” aquellos de los que casi no sabemos nada? Fuera de cualquier palabrería esperanzadora y demagógica que genera mas ignorancia que conocimiento, insisto en la importancia de localizar y analizar las actividades que realizan los sociólogos en tanto profesionistas. Desde fuera de las instituciones educativas el panorama es diferente y

no somos nosotros, profesores universitarios, que fuera de la Universidad no somos absolutamente nada, sociológicamente hablando, pues nuestra existencia social se reduce en la mayoría de los casos a la enseñanza. No somos profesionales de la Sociología, pues somos universitarios aún. No ejercemos la profesión, enseñamos la disciplina. Y ni siquiera somos profesionales de la investigación, pues a nivel internacional, por ejemplo, ni nuestros trabajos de investigación, ni nuestras contribuciones han tenido mayor impacto, pues no las publicamos en las revistas que se miden con criterios de calidad.<sup>4</sup> En fin.

### III: POR LAS PRÁCTICAS Y UN MANIFIESTO

Ahora deseo poner particular énfasis en lo he decidido nombrar “prácticas peligrosas” de lo que somos como sociólogos dentro de la globalización de la academia y de cara a la brecha digital entre países. Son prácticas peligrosas pues desequilibran el orden institucionalizado de lo normal. Mi intención es contribuir a la discusión de lo que ellas involucran para cultivar su desarrollo y establecer estrategias de acción. Mencionaré solo algunas para avanzar en la formulación de la propuesta.

1. **Lo crítico.** Desarrollo de *métodos autóctonos* de conocimiento anclados a la experiencia cotidiana de las mayorías poblacionales. Dichos métodos, por propia definición de los participantes a colaborar, no pueden ser sino de orientación cualitativa. La creación de una tradición autóctona de métodos es cada vez más prioritaria para perfilar nuestra identidad en el concurso internacional de las metodologías. Particularmente interesante es, con respecto al quehacer cualitativo, comparar el desarrollo de éste en el mundo germano respecto al mundo hispanoparlante<sup>5</sup>
2. **Lo visible.** Utilizando una metáfora horaria, avanzo también que requerimos una sociología “nocturna” antes que “diurna”, lo cual quiere decir que penetrar también en los temas oscuros de la sociedad, esos que se pierden en la penumbra de la noche, es prioritario antes que estudiar, tal cual se ha hecho en la mayoría de los casos, como siempre, los temas a la “luz del día”, aquellos que están allí pues todos los pueden ver ya que son totalmente claros.
3. **Lo tecno-abierto.** Aprovechar los instrumentos de la *revolución digital* para dotar al pensamiento sociológico de un vigor renovado. Pero no sólo por

la difusión de las ideas a sectores más amplios e interesados en el conocimiento, sino también porque la publicación libre en internet, por ejemplo, rompe los dominios de las empresas editoriales que nunca han estado interesadas en la ciencia y en el cambio social sino en la ganancia. Aunque también rompe el cerco que los sistemas de evaluación científicos nacionales, en nuestro caso CONACYT y SNI, han impuesto en una más de sus tantas cegueras. Publicar en línea se torna en acto no sólo científicamente correcto sino éticamente loable. Y poético también, pues gracias a las instituciones, gracias mil, pues publicar en línea no acumula puntos...aunque sea más influyente...científica y políticamente hablando.

4. **Lo liminal.** Vivir al límite las categorías y/o conceptos, es decir hacerlos estallar en mil o millones de esquirlas. Quedar sin certezas para reconstruir de la nada la posibilidad del conocimiento. Y así adentrarse en la fundamentación de los conceptos para hacer teoría desde la pura experiencia. *Descolonizar* nuestras categorías, pues. Recomenzar con la pobreza urbana y rural se me ha antojado desde siempre necesario y seguir con el descubrimiento de la supervivencia del sistema de castas en algunas prácticas cotidianas de la vida pública hasta llegar al análisis microscópico del racismo acendrado pero oculto, irremediablemente negado aunque profundamente arraigado, en los fundamentos de la convivencia social.
5. **Lo otro.** Construir otras metáforas para hablar de lo mismo, pero para renovar el sentido de *la pertenencia global*. Los sociólogos peligrosos no le tememos a los giros del lenguaje aunque si huímos de aquellos que cambian de piel para seguir viviendo a la sombra del “estado de bienestar”. Los sociólogos son, en su mayoría, gente del sector público. Y esa huella los ha marcado de por vida. Impulsar una pertenencia global fuera de ese sector puede resultar ya una exigencia para liberar los métodos de investigación que han quedado apresados o limitados por las definiciones de un utilitarismo temporal dependiente de los grupos gobernantes y sellados por la ineficiencia técnica resultado de las coordinadas epistemológicas que les dieron origen. Imaginar nuestra presencia social fuera de los márgenes a los que estamos acostumbrados puede dar miedo, como miedo da soñar diferente.

6. **El manifiesto.** Práctica *peligrosa* es hacer etnografía de, en y desde los espacios oscuros de la sociedad. Y más peligrosa es hacerla desde el límite de las categorías, al margen de la “realidad”. Podría formularse un manifiesto sobre este punto que podría iniciar diciendo: “Hey! Todos ustedes aquellos sociólogos que no son burócratas de cualquier tipo de gobierno, ni vendedores ambulantes en el negocio del «conocimiento», ni administradores culturales, ni profesor universitario que aniquila espíritus libertarios de estudiantes, ni traficantes de puntos en el macronegocio de la ciencia “normalizada” y controlada por los hombres de traje gris que conducen los destinos de esta Nación, ni cosa alguna que se le parezca, uníos! ¡Pero uníos a los *sociólogos peligrosos!* ¡A esos que hacen y practican *sociología peligrosa!* ¡La que inspira el des-aprendizaje y la transformación humana y social!

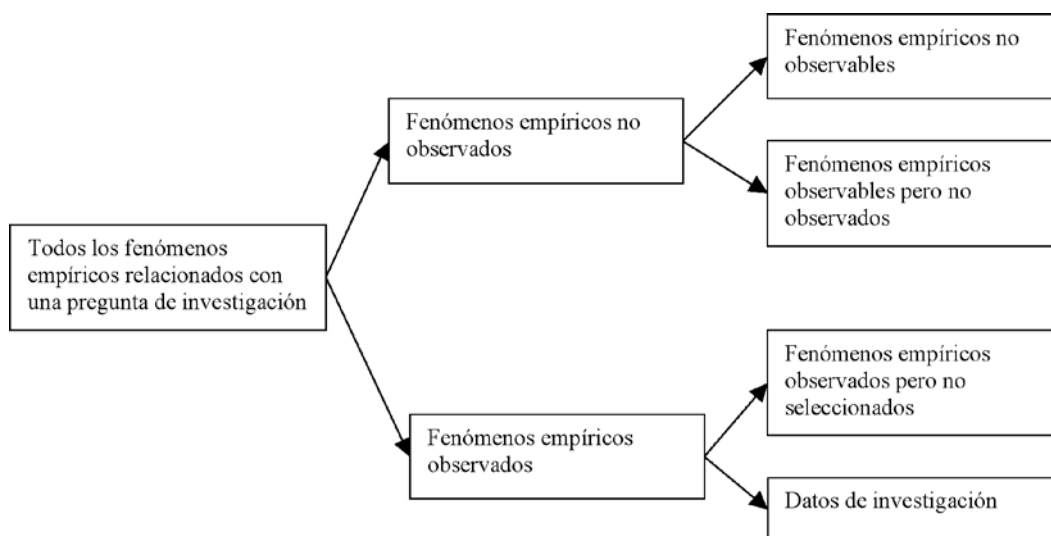
7. **Sumario.** Además de promover metodologías autóctonas, ancladas a cada historia local y regional, esta sociología no es diurna pues los habitantes de la noche han sido siempre el lado oscuro de la realidad, y por ello la imagen de *voyeur noctámbulo* anuncia algunos rasgos del sociólogo peligroso. El desvelo es su estado hipnótico, pues además vive en una especie de tecnoactivismo que lo acerca a otros personajes muy vivos del siglo XXI. Héroe de la descolonización de las categorías pues libró las batallas necesarias del postcolonialismo, el sociólogo peligroso, al fin, se erige en su presencia global debido a su carácter polivalente.

#### IV: LA OBSERVACIÓN COMO EJEMPLO

La sociología peligrosa es fundamentalmente cualitativa, interpretativa, performativa y postmodernamente crítica. Veamos solo un ejemplo relativo a las prácticas de observación. De esto ya he hablado en otro lugar<sup>6</sup> y lo he denominado errores de la investigación social referidas especialmente a la velocidad: error de velocidad de lo efímero, velocidad de lo permanente y velocidad de lo duro. Y nos ha sido útil para distinguir lo que he llamado “mucha realidad” frente a la “poca realidad”. Cuando es incuestionable la realidad lo es como resultado pasmoso, aquietante, inmóvil, pasivo y estático de lo observado; en este caso, ella misma es incuestionable porque posee, digamos, “mucha realidad”. Incluso, si no hay cuestionamiento sobre la “poca realidad” de lo mucho observado, no hay miradas inquietas, capaces de asombro, o móviles, activas y dinámicas. La “muchas realidad” de lo observado aniquila cualquier posibilidad de “realizar” crítica válida: así, la “realidad mucha” es duradera y permanente debido a la dureza de sus límites. La “muchas realidad” se impone, siempre es observable desde cualquier ángulo.

En sentido inverso, la “poca realidad” es evanescente debido al implacable movimiento que les propio: su velocidad no es dura, aunque posea duración; es totalmente blanda a razón de que no posee la fijeza suficiente en la construcción de los límites de certezas compartidas. La “muchas realidad”, aquietada; la poca, incomoda. La “muchas realidad”, dura; la “poca realidad” se esfuma. La “muchas realidad”, es dura; la “poca realidad”, fluye.

Tratando de hacer “visible” esta idea, veamos el siguiente cuadro sobre una tipología de fenómenos empíricos:<sup>7</sup>



¿Podemos ubicar en esta tipología la “muchacha realidad” que se presenta evidente como resultado de investigación en la indagación sociológica? ¡Por supuesto! Y lo hacemos de esta forma pues los datos, tratándose de observación de cualquier tipo, constituye su “realidad mucha” a partir de decisiones previas de parte del investigador. La “realidad” está en los datos de la investigación, los fenómenos empíricos no observados, en el marco de la pregunta de investigación, están fuera de esa “realidad mucha”. Y la conveniencia de esos datos se determina por al menos cuatro factores que vale la pena mencionar: (1) argumentos de autoridad, establecidos por las fuentes a las cuales remite el investigador para decir que “ve lo que ve”, de acuerdo con fulano de tal, autor admirado que estuvo en contacto con los datos del observador pero le confieren “validez” (a esto le hemos llamado el error de la velocidad de lo duro, pues “dogmatiza el pensamiento”); (2) estudios empíricos previos, o sea la literatura relevante que lleva al observador a un posicionamiento estratégico en el concurso de su disciplina, y que es necesario por las formalidades de la misma (a esto le hemos llamado el error de la velocidad de lo permanente, que dicho con sencillez significa que “no se ve que se observa con velocidades distintas”); (3) teoría, pues toda observación contiene elementos interpretativos, y (4) el argumento lógico, en el cual se construye la validez de la observación toda.

La “muchacha realidad” hace, resulta ya claro, a las tendencias dominantes de las prácticas de investigación. Para decirlo ahora claramente: la “muchacha realidad” hace ahora que la sociología como actividad humana y proceso de indagación no sea más peligrosa para nadie, ni siquiera para el propio sociólogo. “Toda la riqueza de los fenómenos empíricos no observados, puede ser abordada por otro investigador”, se me puede corregir. Pero el asunto con esta tipología y la forma en que la estoy usando no es el de la complementariedad entre preguntas de investigación, ¡no! El asunto aquí es llamar la atención sobre las vías mediante las cuales, con el ejemplo de la observación de cualquier tipo, podemos entender la forma en que se repiten los errores entre los investigadores y, por esa vía:

- Se establecen formas dominantes, institucionalizadas y por demás burocratizadas, de construcción de conocimiento (cualquier estudiante de doctorado

puede dar testimonio de lo que esto significa en términos de dominación),

- Se constituyen prácticas cotidianas que influyen totalmente en la sociedad sobre lo que es relevante observar, “sociológicamente” hablando,
- Se “normaliza” la ciencia sociológica para un período determinado, tanto en sus estrategias de formular diseños de investigación como en los perfiles de las prácticas profesionales,
- Se deja a la sociología en el plano más sencillo de las disciplinas al servicio del control y dominación social.

#### V: EL CIERRE

Para concluir quiero confesar que una colega mía, me preguntó recientemente: “¿estás hablando acerca de hacerme una socióloga suicida?”, en el contexto de una práctica de campo para una investigación conjunta en un país sudamericano. Mi respuesta inmediata fue, por supuesto ¡No! Aunque mi respuesta no fue con relación al suicidio sino con relación a que, desde mi punto de vista, por los argumentos que he tratado de presentar aquí, la sociología hecha en nuestro idioma está prácticamente muerta. De tal manera que no se puede suicidar una practicante de una disciplina que ha fallecido tiempo ha.

Aunque uno podría preguntarse ¿no extraña nadie el tiempo en que hacer sociología resultaba realmente peligroso? Pero no estoy solo interrogando su memoria sobre aquellos pasajes en que usted sociólogo haya puesto en riesgo su vida por el indomable deseo de conocer y realizar eso que hoy podríamos llamar “investig-acción”. ¡No! No solo. Estoy pensando en las prácticas peligrosas para el estado de cosas “normalizado” por las instituciones del dominio, que pueden ir desde, la llamada por alguien “normalidad democrática”, hasta la “llave de la democracia”, “igualdad de género”, “empleo pleno”, etc., etc.. Sociología peligrosa es aquella capaz de brindar herramientas al hombre y mujer para que con el más puro y sencillo sentido común, que comparten para las cosas y acciones de los mundos de vida que habitan, se rebelen en contra del estado de cosas que permiten la injusticia y la desigualdad. Peligroso es hoy día, reinventar el humanismo para luchar por sociedades justas, en tiempos

donde el olvido que somos “de carne y hueso” ha llevado a nuestras prácticas como sociólogos al servicio de un orden que parece no tener fin.

La discusión puede continuar. E incluso incluir no solamente, como lo he hecho ahora a estrategias de recolección/fabricación de datos como la observación para ilustrar la forma de ejercitar una “sociología peligrosa”. Desde este horizonte, una defensa de la “poca realidad” significa ahora ubicarse en la coincidencia de lo evanescente y de lo efímero; quiere decir observar fuera de la fijeza de lo duro que, como institución de lo social relevante, orienta la vista y sensibilidad hacia eventos ya establecidos. Y constituye por esa vía la domesticación de la disciplina sociológica. Defensa de la “poca realidad” significa, en suma, abrirse a la maravillosa sorpresa de la infinita posibilidad de aquello que emerge. Hacer sociología peligrosa de la “poca realidad” es, en ese sentido, luchar contra la domesticación del pensamiento que ha resultado tan eficaz en los tiempos modernos. Aunque lo triste es que no es solo resultado parcial de lo que algunos llaman “el experimento neoliberal”. Tengo la triste impresión que durará.

Al final, observar la “muchacha realidad” establece, con validez universal, el estatuto rígido, inflexible, fijo e inmutable de lo realmente existente. Y lo realmente existente, visto así, ni es peligroso ni inquieta. Cualquier mirada rebelde es aquí, sin duda, impensable e imposible. E incluso, la realidad toda no admite rasgos de indisciplina. Y no podría ser de otra forma, ya que la velocidad de lo duro llega a petrificar todo lo observado; las realidades petrificadas incapacitan la emergencia de lo blando y evanescente de la “poca realidad”, precisamente por ser poca. Sociología peligrosa es igual, en consecuencia, a una arqueología de la “poca realidad”, de la que nadie habla, la que nadie observa, la que ha sido silenciada. Aquella que no es vista ni aparece en los maletines de los sociólogos que son burócratas de cualquier tipo de gobierno, que se regocijan al ser vendedores ambulantes en el negocio del «conocimiento», o que son administradores culturales, o el profesor universitario que aniquila espíritus libertarios de estudiantes, o los traficantes de puntos en el macronegocio de la ciencia “normalizada” y controlada por los hombres de traje gris que conducen los destinos de esta Nación. La sociología peligrosa de la que hablo no requiere ni siquiera maletines. •

#### NOTAS

<sup>1</sup>Maerk, J. “Construcción del conocimiento en México y América Latina. Consideraciones epistemológicas desde los márgenes”. Disponible en: <http://saskab.uqroo.mx/num1/num-1-03.html> (11-02-2006)

<sup>2</sup>Maerk, J. “La ‘ciencia cover’ en las ciencias humanísticas y sociales en América Latina” Disponible en [http://dzibanche.biblos.uqroo.mx/spc/investigacion/Cultura\\_etnicidad\\_identidad/reportes\\_finales/ciencover.htm](http://dzibanche.biblos.uqroo.mx/spc/investigacion/Cultura_etnicidad_identidad/reportes_finales/ciencover.htm). (11-02-2006)

<sup>3</sup>Refiero ahora al artículo “Styles of Sociological Thought: Sociologies, epistemologies, and the Mexican and U.S. quests for truth” publicado por el uruguayo Gabriel Abend en la influyente revista *Sociological Theory*, 24(1), 1-41, en el año 2006, el cual figuró entre los más leídos en Norteamérica para el tiempo que estuvo disponible en el sitio web de ASA (American Sociological Association). En el artículo se compara una muestra de artículos publicados en cuatro de las revistas más prestigiadas, dos de US y dos de México, para el período 1995-2001. El artículo será publicado en su versión al castellano por la revista *Estudios Sociológicos* de El Colegio de México.

<sup>4</sup>No deseo matizar esta afirmación, de ninguna forma. Sugiero revisar las cifras de los índices internacionales de calidad en las revistas más prestigiadas e influyentes de la disciplina y cuantificar, por ejemplo para las últimas dos décadas, el volumen de contribuciones publicadas por sociólogos nacionales, particularmente, por ejemplo, con relación a las citas alcanzadas. Evidentemente el problema de la ciencia social escrita en inglés representa un reto para quienes vemos críticamente el desarrollo de una academia globalizada con énfasis en la “americanización” de algunas discusiones. Sin embargo, es importante hacer notar este problema por los efectos perversos de una carrera académica centrada en la acumulación de puntos. Podemos decir, en este contexto, que son puntos de una “calidad doméstica, provincial y de autoconsumo”, sin mayores efectos sociales y/o políticos.

<sup>5</sup>Ver por ejemplo, Flick, U. (2004): *Introducción a la investigación cualitativa*. Morata: Madrid

<sup>6</sup>Véase el apartado “La velocidad: esfera vital” en Cisneros, C., et al. (1999): “Extraños y forasteros: una aproximación metafórica a la Psicología Política”, en Oblitas, L., Rodríguez, A. (coord.) *Psicología Política*. pp 25-60. México, Plaza y Valdés/UIC.

<sup>7</sup>Tipología desarrollada por Bergman, Manfred Max & Coxon, Anthony P. M. (2005, Mayo). The Quality in Qualitative Methods [54 paragraphs]. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 6(2), Art. 34. Disponible: <http://www.qualitative-research.net/fqs-texte/2-05/05-2-34-e.htm> [11-06-2006].

CÉSAR A. CISNEROS PUEBLA. Es profesor investigador del Departamento de Sociología en la UAM Iztapalapa, México. Correo electrónico: cesar41\_4@hotmail.com